

## Reflexiones sobre Jacoby y todo eso<sup>1</sup>

### Reflections on Jacoby and All That

Edward P. Thompson

Traducción de Antoni Domènech<sup>2</sup>

Se me ha invitado a decir algo sobre las relaciones entre la escritura, la historia y la política conforme a mi propia experiencia. En cierto sentido, hay poco que decir que no resulte obvio. O eso me parece a mí. Uno escribe historia como historiador y se embarca en la polémica política como ciudadano, y una cosa no excluye a la otra. En efecto, los dos papeles pueden solaparse o aun confundirse a veces, pero tampoco supone un gran problema. Los modos de salir airoso del asunto son menos un problema teórico que un problema práctico. Yo estoy resueltamente en contra de mezclar la docencia con cualquier variante de proselitismo político, porque eso es aprovecharse injustamente de una posición de ventaja sobre los estudiantes. Tengo la firme impresión de que ese abuso lo suele cometer de manera flagrante, mucho más que la izquierda, una derecha incautamente habituada a suponer que sus puntos de vista constituyen la única ortodoxia posible. Pero eso no debe ser excusa para que la izquierda se ponga a emular abusos de la derecha.

Tal vez parto de este simple punto de vista porque mi padre fue un escritor: un historiador y un polemista en asuntos que tenían que ver con la independencia de la India. De manera que la forma “normal” de ir a trabajar que yo observé en mi infancia consistía en bajar en pantuflas al estudio con una humeante taza de café en mano<sup>3</sup>. El ruido de la máquina de escribir era “trabajo”. Mi padre tenía

---

<sup>1</sup> Se ha mantenido la escritura original del manuscrito. Las palabras y los títulos subrayados se han convertido en cursiva. Todas las notas son de Carlos Aguirre.

<sup>2</sup> Traducción de Antoni Domènech para Sin Permiso. Revisado por *Marta Latorre* y Carlos Aguirre.

<sup>3</sup> Sobre Edward John Thompson (1886-1946), véase E.P. Thompson (1993): *Alien Homage. Edward Thompson and Rabindranath Tagore*, Nueva Delhi, Oxford

también un trabajo a tiempo parcial en la Universidad de Oxford, como instructor de bengalí y, más tarde, como investigador asociado en Historia de la India; pero sus tareas no eran demasiado exigentes, de manera que pasaría probablemente por el filtro de la severa definición de “intelectual” de Russell Jacoby. Él, sin embargo, se veía a sí mismo como “escritor”: como poeta, novelista, historiador, periodista y hombre de letras. Y cuando abría el correo, rebosante de interminables peticiones para escribir sobre esto, hablar sobre esto otro, leer tal manuscrito o asesorar sobre tal otro (casi siempre de balde), se veía también a sí mismo como *servus servorum* [siervo de los siervos].

Los años en que yo he venido desempeñando un papel prominente en el movimiento por la paz me han permitido comprender demasiado bien esa forma de entenderse a sí mismo. El mundo está lleno de gente encantadora y admirable que, por alguna razón, suponen que un escritor es un servidor público sin sueldo. A veces, la mitad o más de mi vida laboral se destina a responder el correo, y la pila de cartas todavía sin respuesta gravita permanentemente sobre mi mente. Una parte de esa correspondencia representa el mantenimiento de una buena relación con un público, pero ese público también puede ser desconsiderado y exigente. La Trampa-22 del asunto es que uno nunca llega a conocer a los corresponsales discretos y considerados, precisamente porque tienen demasiado tacto como para inundarte con cartas.

Baste eso como prólogo. Quedan por añadir tan sólo algunos breves detalles biográficos. Cuando era joven, yo suponía que podría llegar a ser un Escritor (con mayúscula), no un historiador. Mi primer empleo fue de tutor en la educación de adultos, cargo que desempeñé durante 17 años en West Yorkshire, para la Universidad de Leeds. Volveré sobre esto. Yo me hice historiador en esa época escribiendo mis libros sobre *William Morris* y sobre *La formación de la clase obrera en Inglaterra*<sup>4</sup>. Dorothy (mi mujer) y yo andábamos muy metidos en el activismo político: el momento culminante fue el feroz conflicto dentro (y, luego, fuera) del Partido Comunista (1956) y la formación y el trabajo editorial

---

University Press y Mary Lago (2001): *India's Prisoner. A Biography of Edward John Thompson, 1886-1946*, Columbia, University of Missouri Press, así como Scott Hamilton (2012): *The Crisis of Theory. E.P. Thompson, the new left and postwar British politics*, Manchester, Manchester University Press, 2012, pp. 11-21.

<sup>4</sup> *William Morris: Romantic to Revolutionary*, Londres, Lawrence & Wishart, 1955 [Traducción castellana: *William Morris: de romántico a revolucionario*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1988]; *The Making of the English Working Class*, Londres, Victor Gollancz, 1963.

para *The New Reasoner* y la *New Left Review*<sup>5</sup>. Mi siguiente puesto de trabajo fue ya dentro de una universidad, la recientemente fundada Universidad de Warwick: sólo me duró seis años, pero una de sus recompensas fue la formación de un excelente centro de posgrado, especialmente fuerte en el estudio de la historia social inglesa del siglo XVIII. Luego dimití (1971) para poder escribir, oportunidad que me brindaba Dorothy, quien (con los chicos ya un poco crecidos) logró tardíamente entrar en la enseñanza universitaria, lo que significaba el ingreso de un salario académico regular en la familia. Mi “libertad” para ser un “intelectual” dependía de eso, y tal vez Jacoby presta poca atención a este tipo de asuntos materiales garbanceros. Escribir seriamente por cuenta propia no proporciona un sustento. De vez en cuando, en las dos últimas décadas, hemos recargado nuestra cuenta bancaria y también nuestros recursos intelectuales aceptando la amable hospitalidad de universidades estadounidenses, canadienses y otras para enseñar ocasionalmente o durante cursos enteros. De modo que yo soy medio “intelectual”, medio académico. Mi trabajo como historiador se ha visto interferido –y repetidamente aplazado— por las exigencias de la controvertida escritura política: primero, en defensa de libertades civiles como la integridad del sistema de jurados populares y en oposición al autoritarismo creciente en Gran Bretaña; y posteriormente, en representación del movimiento por la paz. Si hay que distinguir entre el escritor de historia y el escritor político, entonces el historiador que hay en mí lamenta mucho los años desperdiciados en política; y nunca más que ahora, cuando me hallo rodeado de obra inacabada y demasiado poco tiempo por delante. Pero, como ciudadano, no tengo por qué disculparme con el historiador.

Volvamos a Russell Jacoby, aunque supongo que ya os habéis hecho una idea suficiente de su posición durante el seminario. A mí, en general, me gusta su libro. Con una prosa viva y abundancia de ejemplos, presenta a la cultura académica, no como una solución, sino como un problema. Tal vez me gusta el libro porque yo mismo he venido sosteniendo tesis parecidas durante años. En una discusión sobre el papel de la universidad en la educación de adultos, escribí (en 1968) lo que sigue:

---

<sup>5</sup> Dorothy Thompson (1923-2011), la esposa de Edward, fue una historiadora social, autora, entre otras obras, de: *The Chartists: Popular Politics in the Industrial Revolution*, Nueva York, Pantheon Books, 1984. Sobre la relación de Thompson (y otros historiadores) con el Partido Comunista británico, véase: Harvey J. Kaye, *The British Marxist Historians. An Introductory Analysis*, Nueva York, Polity Press, 1984 [Hay edición en español: Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos: un análisis introductorio*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1989].

*“La alta cultura no está ya aislada de la cultura popular conforme a las viejas fronteras de clase: pero sigue estando aislada dentro de sus propios muros de autoestima intelectual y soberbia espiritual. Hay, huelga decirlo, más gentes que nunca que atraviesan los muros y entran. Pero es un gravísimo error –en el que sólo pueden caer quienes miran la universidad desde fuera— suponer que, dentro de los muros, se hallan ardientes protagonistas (...) de valores intelectuales y culturales. En la buena clase de adultos, la crítica de la vida se lleva al trabajo o al objeto de estudio. Es natural que esto resulte menos común entre los estudiantes universitarios corrientes; y buena parte del trabajo del profesor universitario es la de tendero intelectual: pesar y medir programas de estudio, listas de lecturas o temas de ensayo en pos del entrenamiento profesional que se pretende. El peligro es que ese tipo de tecnología profesional necesaria se confunda con la autoridad intelectual: y que las universidades –presentándose a sí mismas como sindicato de todos los ‘expertos’ en todas las ramas del conocimiento— expropian al pueblo su identidad intelectual. Y en eso se ven secundadas por los grandes medios centralizados de comunicación –particularmente, por la televisión—, que suelen presentar al académico (¿o tal vez debería hablar de ciertos académicos fotogénicos?), no como un profesional especializado, sino, precisamente en ese sentido, como un verdadero ‘experto’ en la Vida”.<sup>6</sup>*

Esta no es exactamente la misma queja que la de Jacoby, porque lo que a él le preocupa es la incapacidad de los académicos para proyectarse como intelectuales públicos, mientras que lo que a mí me preocupaba era la expropiación de la vida intelectual de la nación por parte de las universidades. Pero ambos estamos radicalmente interesados en el intercambio, en el diálogo entre la academia y el público. Sin embargo, Jacoby hace que el problema parezca demasiado fácil. A pesar de las salvedades, su libro parece presentar un autoaislamiento voluntario en el que los intelectuales comprometidos han terminado optando por el progreso profesional dentro del inaccesible vocabulario de las carreras académicas. Es verdad que eso se da ahora, como se

---

<sup>6</sup> E. P. Thompson, “Education and Experience: Fifth Mansbridge Memorial Lecture”, Leeds, 1968, pp. 21-22. Este texto se incluyó en su libro póstumo *The Romantics: England in a Revolutionary Age*, Nueva York, The New Press, 1997, pp. 4-32.

dio en el pasado. En momentos materialistas y horros de heroísmo eso se dio ya antes. Pero seguramente no es sino la mitad del proceso. Jacoby no se molesta en inquirir más allá, en indagar en las razones “estructurales” del autoaislamiento de una categoría de intelectuales: no se pregunta si ese aislamiento y ese autoencarcelamiento con jerga autopromocional podría ser consecuencia además de causa. ¿No será que las relaciones políticas e intelectuales entre los intelectuales y el gran público se han visto interrumpidas por cambios en las tecnologías de la comunicación, o tal vez que, como consecuencia de ulteriores cambios políticos e ideológicos, los intelectuales se han quedado hablando consigo mismos o sin tener mucho que decir que sea de interés general?

Llegados a este punto, yo les invitaría a ustedes a echar un vistazo a dos artículos míos que trataban ese problema desde distintos ángulos. El primero, “The Segregation of Dissent” [La segregación de la disidencia], fue escrito para la BBC y finalmente rechazado por ella en 1961; terminó publicándose en un pequeño periódico editado en Oxford por estudiantes, *The New University*<sup>7</sup>. El destino final de su publicación parecía ser la ilustración de su propio argumento. El segundo, “The Heavy Dancers” venía a ser, en cierto modo, una reelaboración del argumento del primero, pero en el contexto hartado más autoritario que se daba veinte años después<sup>8</sup>. Fue un encargo de una productora privada de televisión algo osada que trabajaba para el ocasionalmente “intelectual” Channel Four. Pero la iniciativa no era tan osada, ni mucho menos, porque el nervio sensible de mi charla –que tenía que ver con la Guerra de las Malvinas– ya había sido ampliamente enervado por la victoria de la Señora Thatcher. Durante esa guerra, aun cuando todos los sondeos de opinión arrojaban entre un 20% y un 25% de la población contraria a la guerra, la presentación televisiva o radiofónica de argumentación antibélica habría resultado imposible.

Me limito a subrayar ante ustedes la obviedad de que hay razones estructurales y políticas para el aislamiento de los “intelectuales” (si son disidentes). Esto resulta especialmente obvio en la Gran Bretaña de las pasadas décadas, con el autoritarismo creciendo incesantemente, la absurda obsesión gubernamental con la pseudoseguridad, la complicidad del poder judicial y la prensa popular decadente. Hay, desde luego, y lo digo complacido, cierto movimiento de resistencia entre los propios profesionales de los medios de comunicación –

---

<sup>7</sup> *New University*, 6, 1961, 13-16, reproducido en *Writing by Candlelight*, London, The Merlin Press, 1980: pp. 1-10

<sup>8</sup> “The Heavy Dancers of the Air”, *New Society*, 11, Noviembre 1982, 243-7, reproducido en *The Heavy Dancers*, London, The Merlin Press, 1985: pp. 1-11.

señaladamente, en la televisión—, pero la señora Thatcher ya se está ocupando de eso.

A mí me parece que algo similar ha venido ocurriendo en los EE.UU desde el final de la II Guerra Mundial. En la revista *Tri-Quarterly* (nº 70) he esbozado una especie de biografía intelectual de vuestro distinguido compatriota de Minneapolis, el poeta Thomas McGrath, comparándolo con un movimiento de resistencia desarrollado a través de la copia y distribución de pequeños textos a modo de *samizdat*<sup>9</sup>. Ahora mismo, este distinguido “intelectual” se encuentra marginado de la vida académica estadounidense: su obra no figura en los programas de estudio, ni se discute en la *New York Review of Books*. ¿No será que los argumentos de Jacoby son circulares y autoconfirmatorios? No menciona a McGrath, presumiblemente porque no ha oído hablar de él. ¿Y cuántos intelectuales habrá que resulten invisibles por las mismas razones? Envié un manuscrito de mi estudio sobre McGrath a ese fino historiador de la literatura que fue el ya fallecido Warren Susman. Su respuesta me resultó estimulante. Pero en una cuestión disientía vehementemente. La cultura de resistencia de los pequeños periódicos *samizdat* por todos los EE.UU debería considerarse tan “típica” de las décadas recientes como la cultura “oficial” de la academia y la *New York Review of Books*. “Para el historiador cultural”, sostenía Susman, “los hechos culturales importantes son tanto la tipicidad como la especificidad única de McGrath”.

Yo no sé cómo lidiar con este problema. Doy todo mi apoyo a la labor de las revistas minoritarias, y no sabría ni contar las horas, días, semanas, meses y años de mi vida dedicados a la edición de, a la colaboración con y a la financiación de ese tipo de publicaciones, desde *Our Time* hasta el *New Reasoner*, desde la *New Left Review* hasta, hoy mismo, el *END Journal*. Pero por importantes que sean estas publicaciones, no resuelven por sí mismas el problema de la comunicación con un público más amplio. Se necesitan ciertos mecanismos de transmisión o de mediación. Cuando conocí a Wright Mills en los primeros días de la *New Left Review*, andaba muy preocupado por este problema. Creía poder encontrar una solución con el pequeño libro de bolsillo, y construyó una particular alianza amistosa con Ian Ballantine, de Ballantine Books, quien presumía de poder vender un mínimo de 20.000 copias de cualquier libro, sirviéndose de máquinas expendedoras de libritos de bolsillo en las grandes superficies comerciales a lo largo de EE.UU, aun si se limitara a ofrecer una cubierta con páginas en blanco.

---

<sup>9</sup> E. P. Thompson: “Homage to Thomas McGrath,” *TriQuarterly*, 70 (Otoño 1987), 116-17.

(Yo sospecho que si hubiera llegado a poner eso en práctica con demasiada frecuencia, sus máquinas habrían sido reventadas). [El libro de Wright Mills] *Escucha, Yanqui* fue escrito para ese tipo de audiencia de Ballantine, y en la (anteriormente publicada), *La imaginación sociológica*, así como *Las causas de la III Guerra Mundial*, él pensaba en una audiencia similar<sup>10</sup>. Recuerdo claramente haber discutido sobre todo eso con Mills y Ballantine en una finca rural de una montaña galesa, y yo, desde luego, veía la edición del libro de bolsillo como un medio “de masas”, como una respuesta a la televisión y a la prensa popular. El problema no es sólo que los productos intelectuales o políticos compiten mal cuando comparten salida comercial con el sensacionalismo, la pornografía ligera, la novelita de ocasión o incluso las guías para ordenadores, sino que, en el intento de convertirlos en competidores efectivos, pueden diluirse sus cualidades intelectuales. Admiré mucho (y sigo admirando) a Wright Mills y su ejemplo. Pero pensaba que *Escucha, Yanqui* habría resultado más eficaz, si no hubiera sido escrito en estilo telegráfico; que *La imaginación sociológica* presentaba un argumento demasiado facilón; y que *Las causas de la Tercera Guerra Mundial* — que he releído recientemente— arruinaba el efecto de algunos destellos notables (que han resistido el paso del tiempo) al envolverlos en un argumento pobre, servido por una prosa asertiva y exclamatoria. La popularización es un tipo especializado de escritura para el que pocos están dotados, y si un pensador populariza sus propias ideas, puede terminar sin otro resultado que el de su devaluación.

Lo que podría suministrar un medio de transmisión de las ideas “disidentes” acaso no sea una solución técnica —un periódico popular o una máquina expendedora de libritos de bolsillo—, sino un movimiento político, religioso, nacionalista o del tipo que sea. Sí, es la historia del huevo y la gallina, pero a menudo gallina y huevo aparecen juntos: las ideas se popularizan y se difunden rápidamente, porque: a) la opinión pública ya está preparada para recibir las; y b) cierta excitación pública junta a las gentes en asociaciones, clubs, ejércitos o entusiasmos religiosos, en los que las ideas se debaten rápidamente. Las ideas radicales pueden mantenerse dormidas por décadas, derrotadas por la aniquiladora propaganda del *statu quo*; pero si pueden cambiar las circunstancias de modo que apunten a una nueva oportunidad, si aparecen razones para la esperanza, entonces las ideas radicales pueden florecer al instante y por doquier. (Aun cuando los primeros 18 meses de reformas del Sr. Gorbachov se vieron con

---

<sup>10</sup> C. Wright Mills: *Listen Yankee: The Revolution in Cuba*, Nueva York, Ballantine Books, 1960; *The Sociological Imagination*, Nueva York, Oxford University Press, 1959; *The Causes of World War Three*, Londres, Secker & Warburg, 1958.

sospecha y cautela, yo creo que en la Unión Soviética puede apreciarse ahora en acción esa esperanza que es siempre una potente fuerza histórica.)

[*Esta línea falta en la copia mimeografiada del manuscrito de Thompson que utilizamos*] ... durante el *New Deal*, las preocupaciones del común y el discurso del común se difundieron por todos los EE.UU; en Gran Bretaña, una parte del público llegó a organizarse en clubs de préstamo de libros. A fines de los 50, fenómenos similares llevaron a la fundación de la *New Left Review* (NLR). Durante un breve período (tal vez entre 1961 y 1963) tuvimos 20 o más clubs de la NLR en los grandes centros urbanos; servían como estafetas de entrada y salida de la revista y como lugares de irradiación para iniciativas políticas locales. Se trataba tanto de una correa de transmisión como de una audiencia con una identidad conocida: la sección final del libro de Raymond Williams *The Long Revolution*<sup>11</sup> se dirigía tal vez a esa audiencia, lo mismo que (ciertas partes de) mi libro *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Pero prestar servicio a esos clubs representaba una pesada carga para nuestro desbordado comité editorial, que funcionaba en parte como asesor y en parte como organizador de un nuevo movimiento de izquierda. Algunos miembros del comité sentían que su intervención en el movimiento resultaba incompatible con una actividad intelectualmente congruente de la revista, y varios jóvenes y brillantes colegas terminaron (a resultas de otras dificultades) por hacerse con el control de la revista y cortaron todos los vínculos con los (deteriorados) clubs, dejando incluso de mencionarlos en los créditos de la revista y purgando al comité editorial de todos los miembros conectados con el movimiento (¡incluido el minero que luego terminaría siendo secretario general de la Unión Nacional de Trabajadores Mineros!).

Menciono todo esto, no por un ataque de locuacidad, sino porque guarda relación con la cuestión de las audiencias y los cambios registrados en las últimas décadas. Porque si en vuestras estanterías conserváis la colección de la *New Left Review*, podéis examinar todos los números. El estilo de la revista cambió al cabo de dos o tres números. En vez de dirigirse a una audiencia activista, con su correspondiente retórica y, a veces, sensiblería, la NLR empezó a adoptar un tono y un formato “rigurosos”, claramente dirigidos a la academia. Su circulación probablemente cayó, pero se convirtió en una publicación internacional y las bibliotecas universitarias llegaron a considerarla de tan obligatoria presencia como *Past & Present* o la *Economic History Review*. Consiguió evitar el desplome y consolidarse con una notable consistencia durante veinticinco años,

---

<sup>11</sup> Raymond Williams (1961): *The Long Revolution*, Londres, Chatto and Windus.



desarrollando y definiendo una teoría socialista de la academia. Su audiencia —y su sentido de las relaciones con la audiencia— es en todo punto diferente de la de vuestra *New Masses* y de la de nuestra *Left Review* de finales de los años 30. Su trayectoria parecería confirmar e ilustrar, en ciertos aspectos, la tesis de Jacoby. Pero deberíamos añadir también que la historia todavía continúa. Si la NLR ha sido un laboratorio académico, aún es posible que sus innovaciones y su influencia lleguen a ser potentes en la década venidera. Yo no estoy seguro de que eso termine de gustarme. Como tantas otras cosas que nos rodean por todas partes, la NLR es el producto de una era excesivamente cerebral y poco creativa<sup>12</sup>.

El movimiento feminista y el movimiento por la paz también han proporcionado sus propias correas de transmisión para libros e ideas. El primero parece haber conseguido una audiencia sustantiva y permanente. El segundo ha sido más volátil y se va visto sometido a los vientos de la moda. Muy notablemente en los EE.UU, con las rápidas alzas y bajas de la audiencia del *Freeze*, que se pueden ilustrar con el sensacional éxito del libro de Schell *Fate of the Earth*<sup>13</sup>. (Dicho sea de paso: ¿por qué no cuenta Jonathan Schell entre los “intelectuales” de Jacoby?) Yo he observado oscilaciones parecidas en Gran Bretaña. La formación de nuestro movimiento constituyó un ejemplo notable del uso de instrumentos y medios de comunicación premodernos para irrumpir en un “consenso” manipulado o indiferente u hostil. Nos servimos del panfleto, de la hoja volandera semanal, de la reunión en la parroquia o en la escuela, de la manifestación callejera o del piquete, y con efectos tales, que, hacia 1981, nuestras manifestaciones llegaron a ser lo bastante numerosas y coloridas como para que los medios de comunicación mayoritarios no pudieran seguir ignorándolas como si no existieran. Los esfuerzos y las horas de trabajo voluntario fueron un prodigio difícilmente sostenible durante más de dos o tres años con ese grado de intensidad. Llegamos a irrumpir en la televisión y (con feas distorsiones) en la peor prensa sensacionalista popular. Ni que decir tiene que al precio de perder el control directo en la forma de presentar nuestros argumentos cuando parecía que éstos triunfaban: nuestras voces pasaron a otros

---

<sup>12</sup> La historia de la *New Left Review* ha sido estudiada por Duncan Thompson en: *Pessimism of the Intellect?: A History of the New Left Review*, London, Merlin Press, 2006.

<sup>13</sup> Jonathan Schell (1982): *The Fate of the Earth*, Nueva York, Knopf. EPT se refiere aquí al movimiento “Freeze” contra las armas nucleares. Véase al respecto: Alexander Cockburn y James Ridgeway, “The Freeze Movement versus Reagan,” *New Left Review*, 137, Enero-febrero 1983.

(comentaristas políticos, animadores mediáticos, locutores) que planteaban sus cuestiones, no las nuestras. Como es característico en Gran Bretaña, toda la complejidad de nuestras propuestas quedaba reducida a sólo dos cuestiones: a favor o en contra del “unilateralismo”, y “unilateralismo” al modo en que ellos, no nosotros, lo definían; y –prescindiendo directamente de nuestra política de no alineamiento y de nuestros múltiples contactos con los “disidentes” del otro lado— a favor o en contra de las políticas soviéticas. Dada la capacidad de los medios de comunicación mayoritarios para falsificar y manipular, uno se pregunta si no nos habría resultado mejor seguir siendo ignorados.

A todo eso, he dicho más bien poco sobre mi propia práctica como escritor político e historiador. Como solté al comienzo, tengo poco que decir que no resulte evidente; y si he pasado por alto cuestiones significativas, preguntadme. Hay una cosa que ha sido importante para mí y para algunos de mis colegas. Mi primer empleo –que duró 17 años— fue en la educación para adultos. Eran tiempos –inmediatamente después de la Guerra— en los que el movimiento era vigoroso y contaba con un amplio apoyo popular. Las clases eran organizadas por la Asociación Educativa de Trabajadores, pero los cursos más largos y formales los conducían tutores extramuros de la universidad o extensiones de los departamentos universitarios. Esas clases duraban normalmente tres inviernos de 24 sesiones cada uno, complementadas con escuelas de verano; los estudiantes se embarcaban en esta considerable tarea (y la mayoría, a plena satisfacción) con el único propósito de la instrucción propia: no había grado o diploma al final, y raramente un incentivo vocacional directo. El grueso de los cursos versaba sobre humanidades o ciencias sociales (teoría económica, asuntos internacionales, historia, literatura, música). En una buena clase tutorial de educación para adultos había un diálogo real entre el tutor y los estudiantes, y un joven tutor como yo mismo tenía que afrontar esa clase con humildad antes de adquirir experiencia. (En mi primera clase en una aldea minera del Yorkshire meridional me resultó evidente desde las primeras semanas que no podría ganarme el respeto de la clase hasta que no hubiera bajado con ellos al pozo de la mina local).

Eso era muy distinto de la enseñanza universitaria ordinaria. Por un lado, los estudiantes tenían poco tiempo para leer lo suficiente, y lo que alcanzaban a leer eran libros, más que artículos académicos especializados. (La era de la fotocopia barata todavía no había llegado, y no disponíamos de revistas académicas encuadernadas en volúmenes en nuestras estanterías.) Pocos eran capaces de escribir ensayos serios. Pero, por otro lado, el tutor se esforzaba para exponer ante la clase, tan clara y ecuanímente como le fuera posible, el estado de los

conocimientos, exposición a la que solía seguir un tiempo de discusión de otra hora en la que los miembros de la clase interrogaban al tutor, introducían su propia experiencia –a menudo, pertinentemente—, y bajo esa luz, avanzaban sus propios juicios. A veces, en una clase de historia, esos juicios estaban insuficientemente informados, pero en la clase de literatura –yo enseñaba ambas cosas por igual: otra ventaja de la educación para adultos— la experiencia del estudiante resultaba superior a la del tutor, lo que resultaba francamente gratificante.

Esta experiencia de la educación para adultos ha influido desde luego en una tradición de la historia social en Inglaterra. R. H. Tawney fue un pionero de las clases de educación tutorial. No sé si los Hammond participaron en eso también, pero sus libros suenan como si lo hubieran hecho<sup>14</sup>. Entre las generaciones recientes y actuales, G.D.H. Cole, Asa Briggs, Raymond Williams, Richard Hoggart, J.F.C. Harrison, Dorothy y yo mismo nos encontramos entre aquellos parcialmente formados por la “coyuntura” de la educación de adultos. (Me parece que, aunque el formato persiste, y algunas clases excelentes sobre historia local continúan, esa “coyuntura” ha sido cooptada por otros).

Sin duda esa experiencia influyó en mi sentido de la audiencia al escribir historia. Mis libros *William Morris* y *La formación de la clase obrera en Inglaterra* se escribieron con una audiencia en mente compuesta por una clase para adultos o por activistas políticos. Poco que ver con una audiencia universitaria interna. De ahí mi descuido del protocolo académico (del que apenas conocía la etiqueta). Luego he llegado a apreciar la diferencia. La buena recepción de *La formación* me convirtió en blanco de la crítica académica, de manera que en mi actividad literaria de las dos últimas décadas he tenido en mente también a esa audiencia crítica. Eso ha hecho mi obra más lenta y más autoconsciente; más cautelosa en el juicio; más puntillosa en relación con el aparato académico. Tal vez la obra ha ganado en pericia profesional, pero también ha perdido en otros aspectos.

Ha perdido, sobre todo, el sentido del diálogo con un público. Y puede que eso sea inevitable, debido al aislamiento estructural y al autoaislamiento de la academia. Se ha hecho más difícil conjugar academia y público general no especializado. Y en eso todas las partes pierden: los escritores, el público y la

---

<sup>14</sup> Thompson se refiere a John Lawrence y Barbara Hammond, autores de numerosos y muy influyentes libros de historia social durante las tres primeras décadas del siglo XX. Véase al respecto: Stewart Angus Weaver (1998): *The Hammonds: A Marriage in History*, Stanford, Stanford University Press.

academia. Porque la educación de adultos ofrecía no sólo una salida a la universidad, sino también una vía de ingreso de experiencia y de crítica. En ese diálogo aparecían nuevas disciplinas y se ensayaban experimentos: por ejemplo, determinada historia económica y social local, determinados temas sociológicos y culturales. Y los profesores se veían obligados a evitar la jerga profesional introvertida y a dar prioridad a la difícil tarea de la comunicación. Este diálogo y este “ingreso” de experiencia es profundamente necesario para la salud intelectual de la propia academia. En su ausencia, proliferan los escolasticismos y la vida intelectual del público se ve confiscada por quienes tienen una disposición profesional a teorizar que los miembros de la elite intelectual (es decir, ellos mismos) son los únicos agentes libres de la historia, siendo todos los demás meros prisioneros de estructuras o de determinaciones (conceptuales, o de otro tipo) que les reducen a no ser otra cosa que enemigos de la intelectualidad o cómplices de sus victimarios. No se trata sólo de que esto sea falso; es que es un error que se cumple a sí mismo. Acepta, en nombre de una teoría supuestamente elevada, nuestra quebrada vida intelectual y reproduce las alienaciones. Pero esa es ya otra historia.